

ISABEL GARCÍA GÁLVEZ

POESÍA NEOGRIEGA Y HERMENÉUTICA DEL HELENISMO: ZOÍ KARELI Y OLGA VOTSI

Durante siglos, las letras griegas han acuñado, atesorado y difundido la esencia del helenismo. Más tarde, la literatura neogriega ha encarado el reto de acercarse a ellas y hacerlas entender. El ejercicio resulta simple y complejo a la vez, tanto como las imágenes y evocaciones preconocidas de lo que denominamos Grecia y consideramos “helenismo”. Imágenes y realidades, manifestadas y veladas. Una Grecia repleta de civilizaciones, posada en unas coordenadas imaginarias, dispuesta al redescubrimiento que, en nuestro Occidente, es la búsqueda externa del humanismo –búsqueda guiada por renacentistas, ilustrados, románticos, el legado histórico o la realidad geopolítica– pero, allí, ante todo es la búsqueda interior del griego (o el neogriego) apoyada en el ejercicio creativo de la lengua que habla. Participar del misterio de una sola lengua, milenaria, con al menos dos fuertes tradiciones pujando por sobrevivir en la historia y en la literatura; por un lado, la tradición oral del griego hablado y de la *paideia* popular de las dis-

persas comunidades griegas y, por otro, la tradición escrita –cultura y arcaizante, la aticista– del sistema educativo oficial, el lenguaje eclesiástico y la desbordante documentación escrita.

En el complejo marco de la tradición escrita (γραμματολογία), la literatura griega (λογοτεχνία) de los siglos XVIII (finales), XIX y XX se debate, al igual que el recién creado Estado griego, por definir los límites históricos e ideológicos de esta nueva vieja nación. Los creadores los acotan mediante la lengua y su adaptación literaria a la nueva realidad en un esfuerzo por asumir lo griego (contemplado durante siglos por todo tipo de forasteros y nativos), destilar lo helénico (aquella cosmovisión concebida desde época inmemorial, transmitida por tradiciones fragmentadas y percibida por algunos iniciados en el camino a su comprensión integral), y dotar de nuevo rumbo a la creación, acusando las inquietudes de los nuevos estados europeos modernos del siglo XIX.

La poesía se convierte así en el poderoso hilo conductor para la comprensión del helenismo al paso de los avata-

res de su dilatada historia. Es El Poeta, en su discurso dado tras la aceptación del Premio Nobel quien nos alerta sobre ello: en cada uno de sus siglos de existencia, la lengua griega no ha dejado de manifestarse a través de la poesía.

La invención del “yo” lírico del periodo arcaico en Occidente parece pues estar todavía vivo entre estos hablantes que han tenido y tienen como epicentro intelectual y sensible al ser humano (ἄνθρωπος), al individuo.

La poesía neogriega contemporánea —que ha contado con un espléndido siglo xx para manifestarse— obedece a los condicionantes de la historia y las grandes transformaciones del helenismo moderno. Circunstancias de diversa índole se conjugan, como un camino paralelo, con el mundo de la creación literaria del siglo xx. El marco histórico de la costosa creación y formación del Estado griego ha sido también el escenario de la construcción del yo individual. Una búsqueda interior del helenismo individual ya iniciada por Kavafis desde el extrarradio (entre los poetas más notorios y aptos para la comprensión del helenismo en Occidente), y que paralela y sucesivamente los creadores han ido planteando en su obra y en su vida. Búsqueda interior, tradición, auto-conocimiento, consciencia del ser en una nueva realidad que posibilita que el individuo se asuma, al igual que su recién formada nación, en las múltiples y a veces divergentes tradiciones que confluyen en el helenismo de hoy.

El escenario para la ejecución de esta empresa es estrecho, en el tiempo y en el espacio, y denso en motivos y tensión dramática.

Los movimientos de concienciación de mediados y finales del siglo xviii, tan dispares y dispersos como las comunidades griegas sometidas a los distintos poderes oficiales, culminan con éxito en el espontáneo Levantamiento de los griegos de 1821 contra los otomanos, en la creación del liliputiense estado griego de 1830 (Monarquía bávara, 1835-1862), en las sucesivas guerras de reconquista de territorios (iniciadas en 1821 y culminadas en 1921: Peloponeso, Grecia Central y Cícladas en 1832, Tesalia en 1868, Macedonia griega en 1913, Tracia occidental, Tracia oriental, Epiro e Islas del Egeo), en los procesos de adhesión (o unión) de algunos territorios (Islas jónicas en 1864, Creta en 1908, Dodecaneso en 1912 y la Tracia occidental en 1948 etc.). Estos antecedentes convierten el siglo xx en un reguero de guerras, conflictos y acuerdos entre los países de la Europa oriental, supervisados siempre por las potencias europeas, que suceden a las guerras balcánicas (1912-13), la primera guerra mundial (1914-18), la desastrosa expedición militar a Turquía (1919-22) de consecuencias irreparables para el helenismo asiático, la segunda guerra mundial, la ocupación nazi (1941-44), la guerra civil, la dictadura de los coroneles (1967-74), la invasión de Chipre (1974), hasta la reciente entrada en

la Unión Europea de Grecia (1981) y Chipre (2004).

Estos azarosos acontecimientos externos en aquella esquina del sureste europeo —en un constante sucederse de hitos bélicos, refugiados, asesinatos, exilio, caos, hambruna, desamparo, etc.— son surcados por las diminutas embarcaciones que la voz siempre viva de la lengua griega otorga a cada uno de sus poetas, inmersos en el combate de la vida y en la siempre manifiesta presencia de la muerte en la sociedad y en la historia.

El cenit creativo en Grecia surgió como consecuencia del “desastre” de la campaña militar griega en Asia Menor (1919-21) que supuso el final de la Gran Idea y de la reconquista de los territorios del helenismo, además de la destrucción física y el desarraigo de una población milenaria que habitaba en territorio turco y que se refugia, en aluvión, en el joven Estado griego; pero supuso además la definición de las fronteras e identidades de los recientes estados de Turquía y Grecia, tras los acuerdos de 1923.

Años aciagos para el helenismo, apeado de su esencia, el corazón de Bizancio (Constantinopla, el Mar Negro, Capadocia, Asia Menor), del primer cristianismo y del mundo antiguo.



Millones de apátridas en un país por inventar. La aceptación de una visible realidad que delimita la construcción de un espacio y un tiempo definitivos entendidos como cíclicos en una historia común: pasado-presente-futuro, vida-muerte, luz-oscuridad, etc.

El eje principal de ese *continuum* será de nuevo el hombre, el individuo, inseparable de su doble y estrecha relación: la relación del individuo con sus dioses (paganos o cristianos) y la relación del individuo con los hombres, en esa cíclica formación de cualesquiera sociedades adaptadas a los momentos históricos que toca vivir. Relación inseparable que el mismo individuo ha de conformar teniendo como factores determinantes el respeto a la tradición y el pulso a la modernidad.

Desde esta perspectiva, la fecha en que la poesía neogriega adopta una nueva conciencia —no ya como ejercicio particular o propuesta individual (Solomós, Karyotakis, Sikelianós, Papatsonis, entre otros muchos) sino como planteamiento colectivo con el que las diferentes artes avalan ese cambio profundo para la construcción de una identidad griega del siglo xx— se articula en torno a la denominada Generación del 30. Este movimiento, obligado por unas circunstancias

históricas determinantes –delimitación de fronteras, intercambio de poblaciones, extirpación del helenismo asentado en Asia, nuevos aires con el rumbo político adoptado por Venizelos, etc.– acepta asumir la helenidad desde una perspectiva moderna pero sin omitir, evidentemente, el peso de las diferentes tradiciones que confluyen en él. Esta generación marcará el rumbo de la creación poética y artística posterior acentuando aún más el interrogante sobre la propia helenidad del creador y del público en su inagotable afán por explicar sus claves, en cuyo punto de mira se sitúa el helenismo contemporáneo.

Sirva esta breve reflexión para enmarcar la presentación de la obra de dos poetisas griegas pertenecientes a las sucesivas generaciones de posguerra que destacan (entre otras aportaciones a la poesía neogriega contemporánea) por la generosidad con que nos ofrecen sus reflexiones en torno al helenismo. Su poesía se debate por desvelar y revelar las claves del helenismo, inmerso en la férrea y críptica tradición, en una suerte de ascesis del auto-conocimiento (y conocimiento supremo), y de la concienciación en un constante, ininterrumpido y vital ejercicio de creación poética. Esa búsqueda del helenismo se realiza en el interior del hombre, *de profundis*, que tan sólo con la ayuda del arte se acerca a la vida para desvelar sus propios límites, ya difusos en la tradición, y revelarlos al conjunto de la sociedad, sedienta de definiciones en un mundo que cae según se alza.

Esta introspección, experimentada con la plenitud del ser, con el intelecto y el cuerpo, identificada con el arte y la vida, necesita de la poesía para vislumbrar lo velado por siglos de tradición: la esencia. También necesita de la palabra, del verbo poético, de su ritmo particular con el que indagar en las profundidades del ser humano, para entenderlo y experimentarlo.

ZOÍ KARELI

Zoí Kareli, (1901 - 1998) pseudónimo literario de Jrisula Aryiriadu, hermana mayor del novelista N. Pentzikis. Nació en Tesalónica en 1901 en el seno de una rica familia burguesa, culta y con inquietudes sociales. Estudió música y filosofía. Escribió poesía desde 1935 y publicó 12 poemarios: *Camino* (1940), *Era de la Muerte* (1948), *Imaginación del tiempo* (1949), *De la soledad y la altivez* (1951), *Calcografías e iconos* (1952), *La nave* (1955), *Cassandra y otros poemas* (1955), *Cuentos del jardín* (1955), *Antítesis* (1957), *El espejo de medianoche* (1958), *Poemas I y II* (1973), *Del viento, del mar, de la luna, de las flores* (1988). También fue dramaturga: *El diablo y el 7º mandamiento* (1959), *Suplicantes* (1966, 1988), *Simón Infante de Bizancio* (1965), *Orestes* (1971), y ensayista: *De la duda* (1958), *Lo absoluto en la obra de Claudel* (1959), *Esperando a Godot o la pasión de la inmovilidad* (1967), *Observaciones I y II* (1982). Ha traducido a T. S. Eliot. Ha sido reconocida en Grecia por su obra poética y su calidad humana. Irrumpe en la literatura neogriega desde unas perspectivas diferentes marcadas por su poética (lengua, temática y ritmo), el origen tesalonicense, la condición de mujer y de ser humano, el profundo ejercicio de comprensión del helenismo (asunción del cristianismo ortodoxo y del paganismo clásico), su entrega a la creación literaria y a la vida, etc. Obtuvo numerosos premios y condecoraciones. Fue miembro de la Academia de Atenas y candidata a Premio Nobel.



PREFACIO

Qué puede expresar o decir el poeta al intentar escribir una introducción a su obra?

Explicaciones, que por mucho que se explique o se intente explicar, comentar, quedan no obstante en el misterio de la existencia. Creo que al final la poesía es un misterio, no sólo suceso sentimental sino también movimiento existencial. Fenómeno de la expresión humana.

¿Qué hace? ¿Qué conduce al ser humano a crear el verbo poético? Dado que existe una prosa –rica, clara, cómoda– ¿por qué este tipo de discurso con reglas y leyes particulares? En cualquier otra manifestación artística no se observa esta doble naturaleza, no existe una diferencia así.

Digamos pues explicación de lo que concierne a la esencia y a la técnica de la poesía cuando, además, en este momento crítico nuestro se crean también nuevas relaciones y respuestas a la articulación del verbo poético, incluso la obediencia que puede atribuir más correctamente el sentido esencial o más profundo. Escucha y obediencia al ritmo, su sentimiento más profundo.

Creo que oí el verbo rítmico una soleada mañana de domingo, en “El 10 de abril de 1939”. Fui al cementerio (a una misa). Sentía que me poseía el esplendor de la vida y, más profundamente, el temor a la muerte: aversión, sorpresa primigenia, primaria, y el extraño disfrute del miedo. Caminaba casi tambaleándome por el destartado camino. Este fue el comienzo de *Camino*. No podía entonces, claro está, imaginarme su continuación. Que llegaría al *Cruce*. No era posible ni siquiera pensarlo. Sin embargo, inconscientemente –y luego conscientemente– sentí la necesidad de la composición. Siempre. No me bastaba cualquier disposición unitaria. Quizás porque tantas libertades se dan (aparentemente) al poeta, al artista, en general al ser humano, en estos

tiempos nuestros al límite, quizás porque se apoderó de mí el sentimiento doloroso de la escisión del rostro humano, de su presencia, añoré instintivamente la composición, como reacción entonces.

Por eso he intentado que cada colección poética mía fuera una composición. Que existiera en ese sentido un motivo central que contuviera y constituyera el verbo.

Quizás tendría cierto interés señalar ahora aquello que se escribió cuando se publicaron algunos de mis primeros poemas: “En *Estía Zoí Kareli* se pone en ridículo con su poema publicado en *Diario de Macedonia*. Antesdeayer, nos habíamos opuesto también nosotros a sus versos absurdos. También los lectores nos habían animado”. (*Nueva Verdad*, 20.10.1938)

Recuerdo que cuando se publicó mi colección poética *Camino* un excelente colega, apesadumbrado, me dijo que no lo entendía. Yo comprendí que era sincero, que tenía buena disposición y hubiera sido feliz agradeciéndome cualquier sensibilidad femenina y llaneza del verbo en mis poemas.

El primer aliento se lo debo al poeta Giorgos Sarandaris –de una sensibilidad muy diferente a la mía–. Él me animó a que imprimiera *Camino* en un artículo suyo en *Kathimerini* (6.05.1940) sobre mi todavía inédita obra. Se lo dije y no me olvido de su sonrisa infantil de satisfacción.

Creo que tuvo que pasar la guerra para que se prestara atención a *La Era de la Muerte* (1948).

Apareció el cambio, manifiesto ya, quizás sólo externo, pero las pasiones del alma humana, que desde hacía tiempo oprimían, quedaron aún algo indefinidas para nosotros. ¿Qué añadir sobre coincidencias y contemporizaciones...?

Pienso, creo, que he vivido y he luchado –como se suele decir– para sentir la armonización, mi enarmonización como ser humano en el ser, y expresar, en la medida de mis posibilidades, el éxtasis que experimento, y me experimenta: antigua sacudida para una afirmación. ¿De qué?

El verbo poético creo que puede ser el único libre en el tiempo y en el espacio, en el amor del verbo que se manifiesta en la poesía, testigo de la comunión en el combate y de la embriaguez de la existencia, no sólo es dicha o pena, también es dolor, intenso, de nuestra existencia. El intento de percibirla. Dolor del pensamiento masculino y don de los sentidos.

Fe (y pasión del discurso), la poesía discurso apasionado, más allá de la duda y la dubitación intermedia, conduce al consentimiento, a la reconciliación, a la aceptación de la vida *Variada*, dentro de nosotros y a nuestro alrededor.

ENCOMIO DE LA POESÍA

La poesía es expresión del amor multiforme hacia la vida. Habla reveladora, conversación del yo con lo desconocido, con aquello imaginario que es condensación de lo realizable. Es una composición del discurso que forma más allá de la voluntad y del objetivo concreto, más allá del poder de lo momentáneo.

Gracias a la poesía el discurso adopta extensiones insospechadas y se multiplica. No se dirige, dirige hasta adoptar su más profunda integridad y entonces se permite la elaboración.

La poesía crea extensiones que adoptan formas míticas pese a que el punto de partida puede ser el contacto directo, intenso, con lo llamado real. Es la deducción de las impresiones ilimitadas con que la costumbre del existir embota al hombre. Vidas, conocimientos, multitud de sensaciones y sentimientos en alteraciones y explicaciones. Condensación espontánea de la memoria, del deseo, medición del ímpetu y contracción del arrepentimiento. Es escucha extraña del verbo, finalmente casi inexplicable, al igual que nuestra propia vida. Y para dar un rodeo sobre el término explicación que he utilizado diré que la poesía contiene diversas explicaciones ya que puede ser que no las realicemos sino que las sintamos con desasosiego, a veces doloroso a veces placentero... Y esto se manifiesta en la arbitrariedad, en la estructura del verbo, en la edificación de cualquier poema.

Preciado exceso y enajenación del verbo en poesía es recibo del factor de un atisbo contrario, muestra de una búsqueda por la expresión principal, por el momento afortunado.

Misterioso susurro lógico y, más allá de la lógica, la poesía no puede ser simple voluntad lógica y unilateral, es discurso de apasionado entusiasmo, penetrante.

Ecos existentes *per se*, cercanos. Llamada escondida, oculta escucha, ruido extraño y obediencia y confesión a ellos —¿para que el hombre sienta el secreto de la existencia? Maravillosa atención la disposición poética en lo excepcional, lo inaudito, peligrosa en su intensidad ya que la traslada a una coartada ilusoria. Espacio en donde las aventuras de los sentimientos y del alma encuentran su lugar ¡a pesar de todo!

La poesía propone, concede el hechizo de las palabras a la vista, al oído, al gusto, dirige imaginariamente al olfato y a la pasión del tacto, conduce el amor a las cosas para que sean conquistadas, para que todos los sentidos se combinen. Embriaguez altiva. Fuego (tal vez excesivo) el amor hacia todo, raramente ventajoso, la poesía lo crea, agotamiento, también las pretensiones que entonces atraviesan sin cesar su objeto. Inspiración poética y, sin embargo, excelsa atención y acercamiento excepcional, discrepancia desprevenida, exaltación y aceptación, el verbo poético un enigma, enigma del alma, cuando florecen sus

más extrañas formas, los más preciados colores existen y obedecen. Palabras poéticas como inútiles alguna vez y no obstante valiosas. Señales consoladoras, esperanzas y temores exquisitos, desasosiegos con tonalidades, resonancias musicales.

Algo resta indeleble en la escucha de la poesía.

El verbo poético la mejor consolación en el momento final.

Melancolía y dicha imprevista, sería, el verbo poético puede aliviar al hombre de la insaciabilidad. Se detiene ante la pena de un pecado más interior, mientras puede transmitir de forma extraña un respeto por los más íntimos sentimientos humanos. Su forma, pese a todo, verbo de amor a menudo manso para nuestra existencia.

La poesía, particularmente en nuestro mundo, es un lugar extremo para expresar el pavor y el miedo, algunas veces, y el terror, el prodigio, el asombro y el deseo cuando no basta el conocimiento porque no basta con que surja el amor a la vida.

El verbo poético se convierte en apelación, súplica y adoración, como debe ser en las criaturas, expresión del éxtasis, aleación de tragicidad y dicha, profunda conciencia de lo ignoto. Excepcional sabor de la dulzura y de la amargura del ser. Comienzo del orden de las cosas y luego exaltación y restitución.

Instintivo también, antes del evidente, el diálogo secreto de los sonidos-palabras, la capacidad de descripción en la poesía atestigua la autenticidad que

puede ser prueba de la participación en la búsqueda de explicaciones más profundas, sacras, más allá de las apariencias y la gracia y, junto con ellas, testimonio del desasosiego así como de la certeza del existir.

Palabras sencillas y austeras. Ricas en sentidos, ilustres y llamativas, recargadas, intencionadas, frases lujosas pretexto de la opulencia del verbo, exhibiciones, rodeos, rotación de las palabras, reflexiones...

Flor de la devoción y de la glorificación, de la pasión afligida. Poesía, palabras excepcionales de oración, atención y expectativa de un alma luchadora mientras combate desesperadamente. A menudo aún desconocido complejo de sumisión y acto de apelación cuando nuevas heridas acechan y cuando uno sabe cuando entiende lo que significan.

Potencial de la palabra en la plegaria, la búsqueda, experiencia de lo dicho y emoción oculta y manifiesta.

La poesía se convierte en un reconocimiento de los sentimientos sobre las cosas –no obstante, la cosa se convierte en real o se queda en la realidad en el momento de la emoción poética pero ¿cómo puede mantenerse en el palpito, en la historia del inicio y su senda?

La poesía demuestra, sugiere, atribuye el amor a las cosas y al movimiento, incluso en la disolución del verbo y en una composición de su música, evocatoria en el torbellino de las palabras, en el deseo siempre perezoso del poeta por expresar cuanto más perceptible y

correctamente pueda vinculaciones, desvelos, respuestas y relaciones imperceptibles, detalles escasos.

La poesía puede consumarse recibiendo el sentimiento del “otro mundo”. Divina búsqueda y desasosiego.

Eco de la completa armonía del mundo dentro de nosotros, intento desesperado y luego afortunado de que se atribuyan las visiones, el sentimiento de todo movimiento, cuando el poeta lo busca, vibra y se propasa.

Muestra de traslación al otro mundo, vista y miradas de otro mundo, el discurso de la poesía, más allá de la frívola realidad, es aquella más profunda, conmovedora, que el ser humano desvela con su extraña habilidad y altivez, inexplicable en la práctica porque escucha también la otra expresión: el habla del mundo.

Discurso de la poesía, a veces pesado, a veces ideal y fugaz. Juega y enseña, seduce sin forzar. Esencia de sentidos y de sentimientos, de miradas y de sueños, de ilusiones que no toleran una realización mediocre. Pero también muestra de la soledad en la que puede estar el poeta, buscando el discurso de la perseverancia en lo determinado y común, y que no pueda permanecer en él.

La poesía expresa las vidas personales que explotan por la agudeza de los sentidos y también por su percepción. Su doble naturaleza, acentúa la necesidad de mitificar el verbo común porque es mucho todo lo que vemos y cuanto no vemos, y es una pérdida que avancemos en la vida sin ver la infinitud que

nos circunda en las tres dimensiones del Tiempo. Por eso existen las palabras de la poesía, fantaseadoras y profundamente reflexivas a la vez, metódicas y rítmicas, irreconocibles, entregadas junto con las conocidas como renovadas, palabras de consuelo de muchos recursos y embriaguez para la comunión toda. Verbo poético escogido y selecto, intransigente, delimitado e ilimitado, palabras insumisas en la seca necesidad y, sin embargo, con admiración incluso por ella y por su propia libertad.

Y es en realidad una privación considerar la poesía sólo como un determinado logro sensible —aunque también tenga lugar para eso—. Incluso para lo didáctico, basta que sintamos y percibamos sus múltiples lugares en la osadía de su música, no sólo de la exteriorizada sino de la por entero más interior que puede vincular el todo con la vida y la muerte.

Ζωή Καρέλλι «'Εγκώμιο τῆς ποίησης».
Παρατηρήσεις. Ἀθήνα. Ἀστρολάβο. 1982, pp.
143-148.

POEMAS

IMPRESIONES

Las impresiones dedos,
a veces nacáreos a veces más rosados
leve sobre la frente,
en las sienas, de allí,
goce en las raíces del pelo
y en los párpados sensibles.
También son manos bárbaras,
anchas o puntiagudas,
que te cubren el rostro
de golpe o lo desgarran.
Pero para penetrar
en el cerrado secreto del cuerpo,
donde se deponen y danzan,
en ese alma desnuda, hemos de esperar
tal vez mucho para el recuerdo.
Entonces, el resultado aparece
aunque hayamos olvidado nosotros
la impresión, se hace diferente
se restituye a nuestra alma,
inesperado, el esquema
de la respuesta custodiada.

De Imaginación del tiempo, 1949

SENTIMENTAL

... La melodía barata
y agradable sin embargo la añoranza
trae cierta angustia. Desde la oscuridad
leve llega la voz.
Nada interesante, claro,
algo bronca, adolescente.

El deseo, un juego, agradable
el sonido conduce al baile.

El hombre es curioso
con trozos de casualidades dentro de sí.
Observo la puerta de la terraza abierta,
mueve la ligera cortina.
Fuera del brillante firmamento relucen,
con la suave luz, los astros.

Por el *film* la canción es conocida,
sentimental. La muchacha y el joven
alardean en un intencionado beso.
¿Cuánto han cambiado las mujeres ... han olvidado
o nunca aprendieron la doble naturaleza del placer?

Pero ¿existen sentimientos en el ronco ruido,
en los labios del adolescente?
Canta quizás con descuido. ¿Sólo yo
encontré el doloroso sonido, añorado,
por lo que de incumplido queda?

De *De la soledad y la soberbia*, 1951

EFEBO DE ANTICITERA

He venido por ti otra vez.
 Al avanzar observé bastantes
 recipientes corintios,
 me causaron, claro, impresión
 por la gracia de la forma y los motivos.
 Reflexioné sobre la vida palpitante
 de la afamada ciudad. Luego,
 casi a propósito, me quedé en las salas,
 allí donde la luz tiene algo acuoso.
 No sé si eso se debe
 a la tonalidad de las paredes
 o a la inmovilidad de lo expuesto,
 en el cristal de los escaparates.
 Me quedé pues,
 aguantando la espera de tu presencia,
 dicha.

Por poco no me detuvo Creso
 “plántate y ten piedad ... destruyó el batallador Ares”.
 En el movimiento, en la posición de las manos,
 un giro particular delataba el alma
 que todavía allí queda
 y daba la voluntad contenida
 del cuerpo hacia delante.
 Crujido imaginario de la vida de las estatuas,
 cuando pudo concebir el artista
 el instante oportuno ...

Instante único tú,
 excelente, no eres sólo
 el efebo de la perfecta belleza,
 de la radiante juventud,
 el armónico en la forma de la música de los miembros,
 el que tiene su postura y mantiene
 en su fuerza e imposición naturales
 como la piedra o la planta
 que existen simples y perfectas a la vez;

extensión de las manos en equilibrio ideal,
 línea divina,

incorrupible pureza del tiempo concebido,
gentil rostro de lo imperecedero,
elevación de nuestra perecedera postura.

Realidad y hechizo,
botín superficial de la vida,
inflado, curvado
por el ímpetu dentro de él oculto,
contenido y conducido.

Ofrenda y aceptación de la existencia,
en movimiento junto con inmovilidad,
como ponderación del pájaro imperial.

Naciste
antes de la enseñanza del pecado.
Eres aquella concesión del espíritu
que apaga la insaciable privación
y aniquila la avidez.
Deseas permanecer dispuesto a privarte.
Por encima de ti resbala
toda disposición ajena a tu forma.
Buscas la honra del alma
y tú la regalas, cuerpo vivo y calmo.

Encuentro frugal con lo absoluto,
desnudo misterio,
Forma escapada de la necesidad.
Música de un sonido te alzas
divina habilidad humana dada.

No te ha torturado el amor
que es duda,
anhelo y dolorosa sumisión,
aunque tengas en la mirada
la maravillosa humana melancolía,

obra del hombre, tú,
de aquel que ha amado su vida
con gloria altiva y respetuosa.

De Antítesis, 1957

OLGA VOTSI

(1922 - 1997) Pseudónimo literario de Olga Buki-Platí. Nació en El Pireo en 1922. Estudió Filología en Atenas y Alemania. Tiene una amplia obra en verso: *Himnos* (1946), *Soledades* (1951), *Intimidades* (1953), *Aéreos* (1955), *Existencia y silencio* (1958), *Ratz primera* (1962), *El gran eco* (1965), *Cripta y frontera* (1970), *Plantas desnudas* (1973), *Las escalas* (1976), *Claro del bosque* (1979), *El otro conocimiento* (1982), *La fuente y el ojo* (1984), *Forma de barro* (1985) *La tarima* (1988) y ensayos: *Poliedros* (1978), *Tristeza y Descubiertos* (1984) y *Encuentros* (1995). Ha traducido a Frank Kafka y George Trakl.



LA INSPIRACIÓN

Y de repente, dentro de los sentidos de una infértil soledad, dentro de una extraña interrupción del mundo restante –porque buscas algo y no puedes delimitarlo– dentro de innumerables corrientes de un anhelo, como esperando algo que no viniera, sientes que se forma dentro del silencio, allí donde tu ojo o tu existencia entera se inmovilizan, un escalofrío en el aire, un círculo musical supraexistencial para recibir el ignoto palpito místico que viene de las profundidades de la vida, de las profundidades de tu pecho; que ha sentido la necesidad de hacerse oír y ha llegado. Y cuanto de más lejos viene tanto más grande y poderosa es esa extraña agitación tuya. Te inmovilizas y callas para atender ese instante de alegre acercamiento que tantas y tantas veces has cerrado en tus dedos pero siempre te has quedado desesperanzada porque él pedía irse al llegar. Para desearlo constantemente. Es el camino musical

que de repente se forma para que el alma pase, para descolocar el peso de una nueva cosecha, un pesado y doloroso saber de experiencias hasta entonces desconocidas de dentro de mis profundidades. Viene con todos aquellos dones, pesados y oscuros, que sin temor ha recogido y mirado en su camino para desubicarlos en manos del poeta: es la inspiración.

Y el poeta, dichoso por una visita así, por una transformación interior así, que siente que lo ilumina con todas sus luces como una habitación resplandeciente, como una luz suave cuya fuente no es este mundo aunque tan sólo calla, inmóvil, no sea que pierda una presencia así, sabedor del peso de su riqueza; que no quiere mantenerlo para sí mismo, sino que desea transmitirlo también a los demás hombres, que lo saboreen, que lo destilen ellos también por la apertura de la verdad desvelada. Es el momento de la inspiración del poeta que se ha convertido por entero en miedo y espera a su poeta porque sabe que la parte que lo guiaba no medía con ningún metro material sino que sopesaba con la báscula más ancha, mientras se baten los grandes deseos de la existencia humana y los grandes sueños que saltan como flores enormes en los prados de nuestro pecho muerto y que hablan de sangre, dolor, verdad y esperanza.

“Ολγα» Βότση «Ἡ Ἐμπνευση», *Sunanthvsei*. *Mel ethv mata kai; stocasmiv*. Ἀθήνα. Οἱ Ἐκδόσει» τῶν Φίλων. 1995. Tomo III, pp. 184-185; (*Eujquvnh* 135 (Atenas, 12.1982), pp. 592-593).

“Ολγα» Βότση *Ta Poihv mata th» "Olga» Bovtsh*. Ἀθήνα. Οἱ Ἐκδόσει» τῶν Φίλων. 1989. 3 tomos.

POEMAS

ENTREGA

Los torrentes del espíritu,
 las riadas del alma.
 Los ríos musicales que por dentro de las manos,
 interminables venas de agua,
 hacen rodar afuera en el mundo:

El hombre se entrega,
 por un momento sólo,
 a las anchos pliegues de corrientes subterráneas,
 al aterciopelada agua bienaventurada
 para desvelar la respiración de la Divinidad,
 para mecerse en sus grandes manos protectoras,
 para anhelar caer en el abismo liberador del silencio.

Para palpar con su mano lo Indecible.

De Claro del bosque (1979): “Línea exquisita”

ADORADORES QUIERE LA VIDA

La vida,
no te saca sin castigo de su matriz.
La vida,
te envía bocas de lobos a desgarrarte,
dolores y lumbres de Hades
si sólo has regresado y la has mirado mucho.
Cuando salgas de su corriente ciega.

Adoradores quiere la vida,
el ardor,
lleno de abrazos y trampas.
Su gran cuerpo,
su escamada piel
no quiere que los estudiemos mucho tiempo;
sólo que caigan en sus manos
a respirar con ella.

¿Quién se ha quedado sobre la vida?
¿Quién no se ha vertido en su ola, se ha perdido
y ha florecido?
Los animales salvajes
desean el eco de una voz
y los dioses vagan por el infinito
para escapar
de la saeta mortal de su soledad.

De *Peanas desnudas* (1973): “Bolsa de huesos”

MI ENEMIGO, MI AMIGO

Abro un pasaje en las más oscuras aguas de mi ser,
aguas poderosas que no solicitan un pie del hombre.
Entre sus rectas columnas marchó.
Por fin puedo aprender,
debo someterme,
debo arrojar afuera el secreto
que como animal salvaje devora mis carnes,
como sarpullido traga mi sangre.

Desgarrarlo de cuajo de mi propio corazón,
el secreto que enroscado en mis más oscuras
intimidades,
no quiere de allí salir,
tan sólo clavarme con su mudo ojo brillante.

Mi ser, mi amigo, mi enemigo,
la ígnea morada de mi resistencia.

En cuanto le extiendo la mano,
se recoge en su propia esencia,
no quiere cambiar,
quiere ser quien es,
mi dominante y secreto Señor,
el que a veces me alcanza la rosa
y a veces el veneno,
todopoderosa Ley que obedezco.

De *Forma de barro* (1985): “Mi enemigo, mi amigo”



LA RELIGIOSIDAD EN LA POESÍA DE ZOÍ KARELI

Indudablemente, los poemas religiosos ocupan un lugar destacado en la rica y dramática obra de Zoí Kareli. Poetisa de un pensamiento y una problemática angustiosa, auto-torturada por los remordimientos y el sentimiento de la culpa, pero siempre sin plan para la vida, asciende hacia la vida de Dios, como el buzo desde las profundidades del mar al aire y a la luz, ofreciendo las algas de las profundidades, trayendo consigo el pesado y oscuro “barro” de la vida, todos los “pecados” y las “culpas” que los hombres del dogma religioso que ya viven tranquilos quizás incluso después de la gran contienda, se topan con temor con un modo ya unidimensional en la mirada de Dios.

Su poesía, una poesía llena de puntas y agudas aristas, muestra un alma atormentada que tiene la fuerza de mirar las contradictorias profundidades de su ser y traerlas a la luz de un modo, si no siempre cerebral al menos intensamente intelectual, y darnos una visión dramática de la vida en donde los sentimientos de la soledad y la muerte, de la esterilidad y el daño, y de un amargo sabor de insatisfacción ocupan un lugar primordial. La principal característica de su expresión poética es la supresión. En sus poemas, al menos los que se refieren a las experiencias religiosas, hay, en su mayor parte, una inmediatez del sentimiento y la expresión, la emoción es fuerte y no esconde la visión.

En sus poemas religiosos, Zoí Kareli encuentra tanto más el paraguas de la Tradición cristiano-oriental cuanto la estrecha fe del dogma. No está sometida a él. Se

separa de él. Ya ha dejado de vivir la Religión como la vivía en su infancia y adolescencia, como nos dice en un poema: “Una vez dije / que no iba más a la iglesia./ Ayer fui”. La poetisa viene de la vida y de sus pasiones, de la artesanía de los sentidos. Viene de la “altivez” de su alma y su libertad que ama con intensidad. Viene del mundo y quiere permanecer siempre en él, tanto más cuanto más sedienta estuviera por atravesarlo.

Desde los comienzos de su manifestación poética se bate con el pecado y el *daimon* del placer, lucha con los sentidos. Ya en su primer libro *Camino* están esos dos temas principales: el pecado y el placer, junto con la invocación a Dios. El tacto es para ella algo muy importante. Es “el flagrante deseo de certeza”, es “el comienzo del placer, / que nunca se sacia, / ese que te sostiene / y ni te deja avanzar / hacia el perdón”. Ciertamente, porque con el tacto deja el hombre el mundo, el placer y el pecado. Este tacto que desea tocar el cuerpo del amor y que deja al hombre “más solo que el encuentro”, como nos dice otra vez en un verso suyo. Siente en su ser fuerzas eróticas y satánicas como tan maravillosamente ha expresado en algunos poemas violentos, sólo oculto desencanto erótico. Y es tan grande la verdad de la vida en sus poemas, tanta la pasión trémula que sale de las entrañas de la existencia y traspasa al lector su escalofrío abisal. Kareli es un ser lleno de pasiones, es una persona herida por la mucha intensidad de vida, es la que en algunos versos nos dice:

Mi corazón es un esbozo,
muy rosado, morado,
que me derrama en la sangre.

...

Tengo dentro de mí una noche
llena de astros que como clavos
perforan mis entrañas con la esperanza.

De *Merodio*

o en otro:

En las puntas de los hombros tengo
dos heridas encarnadas, señales
de las alas blancas que he quebrado.

De *Baco*

Sientes que los deseos por ella son “como bocas hambrientas que no se han saciado”, que por alguna razón no han podido o no han conseguido satisfacerse, que su ím-

petu ha sido cercenado a mitad de camino. En este desmesurado deseo por la vida, Kareli siente su incapacidad para plantar resistencia. Busca vivir con fuerza, saborear la “conocimiento” del placer y del mundo, la alegría de la vida que, sin embargo, considera “pecado” porque busca también por igual el conocimiento de Dios. Una dolorosa ola palindrómica caracteriza este modo de vida suyo, por una parte, la alegría de los sentidos y, por otra, el mundo de Dios, tanto que al final surge un sentimiento combativo consigo misma que se convierte culpable. La mayor parte de las veces este modo de vida suyo es una invocación dramática a Dios por la salvación, un círculo continuo alrededor de él y una confesión agonizante porque los dardos de la vida la bordan una y otra vez, y la despiertan a cada instante para resbalar de nuevo desde aquella altura que por un momento creyó que había conquistado y que en su interior busca evitar preguntando continuamente, dudando continuamente, confesándose continuamente y mostrándonos sin cesar sus ensangrentadas entrañas:

Y me persigue la importancia del pecado,
 multiforme, por comprender
 quién es.
 Vertida me contamina los ojos, el olfato,
 el oído, el gusto y el tacto.

De Viernes Santo

Asciende hasta Dios desde el mundo que no quiere olvidar. El mundo es para ella siempre su punto de referencia, el que en su centro quiere existir y respirar. Se dirige a Dios como a una Presencia todopoderosa, elevada y excepcional, del que no obstante no puede colgarse a sus pies porque no quieres sacrificar la vida, porque no puede disolver en su interior el mundo y sobrepasarlo. Siente su creación, siente que sale de su oscuridad y su instinto:

Un pozo profundo oscuro, sombrío,
 soy, me inclino ante él, me miro
 en un espejo turbio, roto.

De El pozo

Kareli en un extremo de su división considera la vida como un valor insustituible que no quiere perder, el “Gran Bien Primero” dado al hombre y que no se le permite pisotear. “¿Es pecado la gracia de la vida?” dice en un verso suyo. Y en otro: “Tanto es mi pasión a la vida / que podría morir.”

Y así, pese a todas las invocaciones a Dios, permanece en el límite de los dos mundos para probar el sabor amargo de su impotencia por alzarse y permanecer más estable en las más altas esferas. Ha permanecido fiel a su sospecha de ser un espíritu libre, de sacrificar el valor de dos mundos, pagando sin embargo, al mismo tiempo, el valor de su libertad con no poder entregarse con toda convicción a ninguno de los dos. Este sentimiento de quiebra y pecado, que recuerda el espíritu del Pequeño Canon Peticionario (“Por mis muchos pecados enferma mi cuerpo, ¡también enferma mi alma!”), Kareli lo ha expresado de forma única en nuestra Literatura, ya sea cubierto dentro de distintos personajes religiosos ya sea en profundas confesiones poéticas:

Señor, deseo tu visión.
Tengo la vista insaciable,
¿Cuándo tomarás mis ojos?
Te pido cerrado en mi interior
verte a ti tan sólo.

¿Cuándo me sellarás el oído?
Oírte a ti aislado
de toda voz pasajera.
¡Chupar el olor de la vida!
Mi sabor, ¿cuándo me pagarás
con la palabra del Señor?
Don del sometimiento
que todo intento paga.

Oh tacto, muy cierto material,
consuelo sumiso, insaciable
satisfacción de mi cuerpo
—quiero— dejar de obedecer.

Oigo, Señor mío, ¿acaso
sólo la muerte me calmará?
...
¿Cuándo llegará dentro de mí la luz
que busco para ver
y para escuchar, sentir,
saborear la tranquilidad?

¿No me bastará nunca
la paz de tu mundo?

De *La tentación*

La poetisa es una “remordida”, una “bizantina”. Por mucho que adore la vida no la vive dentro de sí con el sentimiento equilibrado del antiguo griego que disfrutaba sin preocupaciones de sus sentidos, que saboreaba este mundo como si “hubiera nacido / antes de la enseñanza del pecado”, como dice en su poema “Efebo de Anticitera”.

Este poderoso modo de vida del pecado aproxima a Kareli a los ascetas cristianos que se ocultan en el desierto para apaciguar sus pasiones, la voz bronca de los instintos, la voz del placer, ¿como si sólo encontraran el Mal en ella! Tan sólo que al final el desierto se ganó a aquellos poderosos hombres y también Dios su alma, porque, al final, en el increíble ejercicio de su voluntad y en el gran acto de autosuperación se acercaban a Él ya que querían obtener Su gracia.

No existe poemario suyo en donde no se repita esa visión interior de la culpa. Ciertamente, tiene momentos que ensalza y se siente sosegada, unida a Dios, pero su modo de vida primordial es el sentimiento de la separación. No es un paso estable de los sentimientos y de una calma sin retorno al cielo del espíritu que encuentre en las lágrimas el sosiego interior y luche por mantenerlo de cualquier modo. La poetisa no se envuelve dichosa en la vida de Dios como un pájaro en sus alas. No se abandona a la dicha de la levedad como los místicos.

De este modo, en su plena libertad, pisando sobre el dolor de las situaciones límite, no vacila en sostenerse en lo negro y en lo blanco de sus sentimientos, no teme mirarse en su “Espejo de la medianoche”, en el espejo de su ser, que tan establemente sostiene en sus manos. No vacila en desnudar sus entrañas para mostrarnos los interiores de su alma que día y noche juega el duro combate con el deseo de la luz. ¿Vence al final la luz? En los grandes combates anímicos no hay vencedores. Sólo hay aflicción. Hay una verdad humana, y tanto más es digno el poeta cuando tiene la fuerza de concienciarla y de expresarla. Dentro de sus ensangrentadas entrañas. Porque, ¡ay si el poeta no circundara la verdad humana!, la verdad del alma que no son palabras bellas y superficiales sino combate con las fuerzas más profundas que dominan exteriormente al hombre. La poesía religiosa no es sólo un himno monacorde siempre –por muy elevado que sea– hacia Dios, sino también el descubrimiento de las entrañas humanas ensangrentadas. De este modo el poeta se convierte más profundamente verdadero y dramático, y puede hablar a los congéneres, puesto que todos los hombres, unos más otros menos, cierran en su interior una oscuridad, todos están atados a los instintos como a un garrote, esos instintos que gritan con toda la extensión de la Historia de la humanidad.

En la mayoría de sus poemas religiosos Kareli no ha mostrado su rostro dividido. Sin embargo, esa dramática vacilación suya y la impotencia por aunar en su interior los contrarios en una abundante luz no fue impedimento para no ser atraída, como por un imán, hacia cualquier excelso combate del alma que habían manejado otros, más fuertes que ella, para no comprender y no maravillarse de la cantidad de fuerza que necesita un ser humano por sobrepasar su yo en los silenciosos y solitarios combates de la conciencia y el espíritu. Las imágenes de los santos dentro de las iglesias le dan fuerza a la vida y a la resistencia ante el pecado, igual que los iconos muestran la terrible resistencia a las fuerzas destructivas que les vencen (pero con qué dolor y llanto se muestran sus semblantes austeros y serios). La austeridad de los santos iconos habla de los combates mortalmente serios del alma humana (que tan sólo y más difícilmente los acepta hoy el hombre) para expresar dentro de él el deseo de una perfección cuya única compensación es la caricia del cielo y el hartazgo de la idea divina en su interior. La poetisa agita también estas figuras y su alma se sosiega:

Los santos tan sólo no te dejan,
su redondo ojo del todo abierto,
y como sorprendido, te sigue,
a una secreta fijación interior te conduce
para que creas en tu propia visión
con todo el sometimiento.

Ya no temerosa,
sino iluminada por el sentido del alma
que ha sido captada y confiesa.

De Los iconos. III

En bastantes poemas religiosos suyos Kareli ensalza además la fijación de la divina belleza que refleja el rostro del ángel que, viviendo el sosiego de una excelsa supervisión sobre lo terrenal y las oscuridades, sobre los embates del alma, conquista capas espirituales más profundas sobre la dolorosa vida del pecado y de la vana invocación por la salvación, cuando tranquilizada, tras la lucha y el tormento, tiene instantes de felicidad por su unión con Dios que todo separa y del que sólo Él queda:

Cada movimiento mío por Él.
Él comienzo y perfecto fin mío.
Él todos los hombres de la vida.
No se necesita lucha, destrucción y caos.

Basta el amor. Mi debilidad
se hace dicha, dichoso rito.

De Las bodas secretas de Santa Catalina

Eleva además su sueño a las iglesias de la Ortodoxia con sus basílicas y frescos. Se desespera porque hoy no hay mártires y santos que proclamen su fe, “que eleven las formas de su oración”. Añora también las antiguas fiestas religiosas con la brillante participación de los fieles. En estos poemas suyos Kareli es descriptiva y horizontal. No tiene aquella profundidad que convulsiona. Describe con realismo las fiestas de las iglesias, como la fiesta de la Resurrección donde

avanza la pompa
con salmos y estandartes refulgían
preciosos, subían millares de velas
de los cristianos, llamas de fe,
señal de alegría.

De Antes de la Resurrección

No obstante, la Virgen constituye su perfecto amor, a la que en cada poema escrito dedica tonos apasionados, por ser ella la consoladora de los dolores humanos, ella sabe comprender por haber sentido mucho dolor, por haber llorado mucho. La ensalza con sus particularidades valiosas y celestiales, con sus adorables descuidos, la nombra

remembranza de la dicha, memoria, monumento
del amor, canto meliflúo victorioso,
saber, raciocinio del amor
que unes el luto con la dicha.
Referencia al espíritu
al Verbo primero,
engendradora del deseo de amor.

De Invocación

En esos momentos la poetisa tiene el mismo sosiego y la dicha profunda como cuando ensalza el brillo de la Naturaleza en otros muchos bellos poemas suyos. Al ensalzar a la Virgen no olvida la luz de donde sale, de donde la misma vida sale, no olvida el pecado.

Pensativa Madre de Dios
y oscura, imagen bizantina,
esta intermediaria esperanza dulce,
ha quedado seria y con la vista severa;

en la mirada del visitante que La mira
lleno de melancolía por su incredulidad,
conociendo a la vez la interna altivez,
quizás también el oculto miedo,
dentro de la iglesia vacía,
cuando terminó el breve Vespertino.

De Tras la Misa Vespertina

Por mucho que ascienda el hombre a Dios, se siente atado a la tierra y a sus voces. Se siente atado a sus instintos que son la esencia de su naturaleza. Porque no es sólo un ser espiritual. Es, antes que nada, naturaleza, es sangre y carne, es dolor. Y si llega a algún instante de equilibrio y de elevación espiritual de cuanto puede ver en sí mismo y en el cielo, sobrepasar sus contradicciones, estar por un instante solo, se hunde de nuevo en las aguas oscuras. Como el eterno Sísifo intenta con dolor sostener la piedra de su combate y elevarla a lo alto.

Y el poeta, como los antiguos trágicos griegos lo mostraron en sus obras, viene a mostrarle este combate en el campo de la vida donde se presentaba al hombre ensangrentado y agitado por sus pensamientos sacrílegos, sus intensos deseos y sus impías obras. Así lo muestran todas las invocaciones por la perfección y la auto-superación de tantas formas espirituales elevadas de la Poesía religiosa Universal. El verdadero creador siempre toca levemente el lado trasero, oculto, del hombre. Muestra a los demás hombres el camino ensangrentado que tal vez ellos pudieron pasar, muestra los límites que puede alcanzar la resistencia humana, ilustra su angustia, el amontonado complejo de su interioridad.

Kareli, en su obra poética, vive angustiada con el tiempo, la muerte, “la soledad y la altivez”. Sin embargo, el culmen de toda su voz dramática y de su naturaleza contradictoria son sus poemas religiosos, los que la hacen regresar en torno a Dios como expresión de una vida angustiada y de una conciencia de la culpa. También sus poemas religiosos son el espacio espiritual en donde más allá de su división le acentuó su fe por la belleza y la profundidad de la Ortodoxia cristiana.

“Όλγα» Βότση «'Η Θρησκευτικότητα στην ποίηση τῆς Ζωῆς Καρέλλη», **Sunanthvsei**.
Mel ethmata kai; stocásmiv. Αθήνα. Οί' Εκδόσεις» τῶν Φίλων. 1995. Tomo III, pp. 94-104; (**Sunach**
20 (Atenas, 10-12.1986), pp. 13-20).